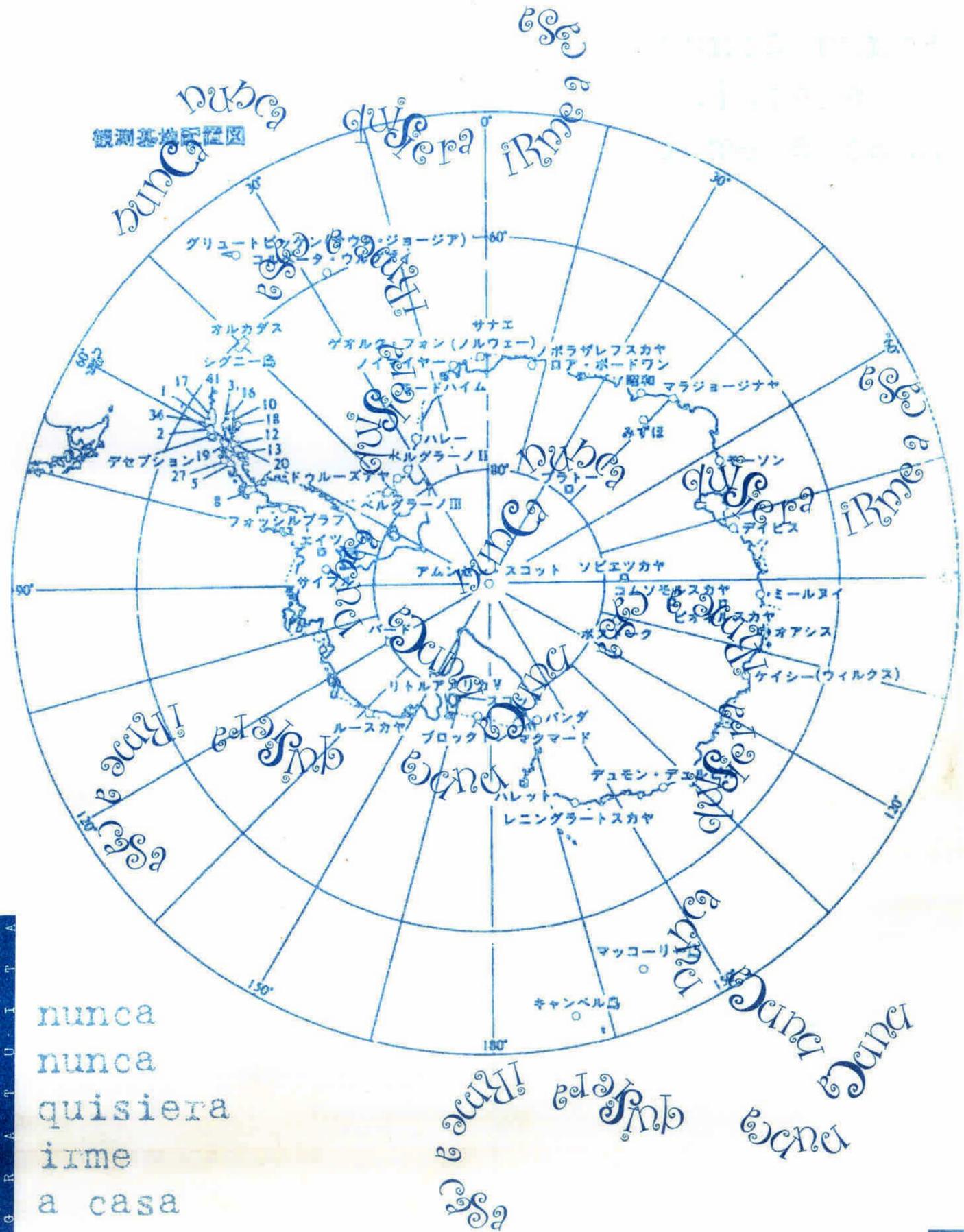




GRATUITA
JULIO 1977
CERCA
LITERATURA
REVERSIBLE



nunca
nunca
quisiera
irme
a casa

7 Fragmentos para una Violeta africana

Gabriela Bejerman

I

A la tercera vez los leopardos volvían con más fuerza, rebosantes, y su madre comenzó a temer aquello que ocurría en los lagos del bosque, donde había una vez las historias se están acercando a la oscuridad. Cada estela de viento era mi transformación imaginaria, o una tienda de campaña. Frágiles laberintos intangibles quisiera, sofocantes cual lunas de una noche. Y aquellos girasoles azules ascienden como si la estepa también fuera de viento tornasolado. Veo a través de las mansiones vegetales, sus ojos son apacibles quince años, hasta si una inmensidad no volviera de otro tiempo a buscarlas.

II

Y la lencería, quién no se la ha venido probando. Estaba en un cajón forrado de seda, y dormían adentro algunos jaboncitos transparentes que simulaban caracolas. (Había también una lupa que casi nunca usaba, sólo para ver pelitos, plumas, ojos, carne.) Al frescor del oro verde titilaban, por eso solía abrir antes los ventanales. Entraba en camisa la monja y me vestía en silencio, aunque a veces yo cantaba una canción que ella parecía no escuchar. Al desayuno otros siempre ya habían llegado y untaban pan con jaleas. Los gatos salían de los cortinados a pedir leche y manjarcitos que servíamos para su placer. Hacían juegos de lana. Más tarde, cuando iba a alimentar a los pájaros, ellos me seguían sin darse cuenta hasta que caían en sueños de paisajes volantes.

III

En la sala de glosarios encontraba ancianos vestidos de mono conversando. No eran tantos pero hacían mucho ruido y les gustaba jugar a las escondidas. Yo no les prestaba atención, me encerraba entre los libros rosados cuyos sellos iba forzando. (Todavía quedan muchos, muchísimos.)

IV

Dreamscape

La música transluce zonas de espuma en un luminoso acuario. Rodajas de naranja dan lentas vueltas al cúmulo de sapitos durmientes. Sobre el coral, una terraza de pétalos cuajados y sus muñecas con perfume espejan eternamente regalos. Del jardín de aguamarina cuelgan perlas doradas y una inquietud de verdes sombras sube en hâces como por colchonetas líquidas. El vahído de las lianas es el sexo del mar. Titilaciones de sonidos irisados y ciertos impulsos de la lluvia hallaron ostras donde esconderse, tras las cortinas de sabor guardan sus formas cónicas. Milenios de cofres llenos desbordan de cuajos las playas. Ya sirve tesoros la arena en la filigrana de su mantel blanco.

V

Cebra de Fiesta

El casimir de Chantal on fire, lentejuelas de iguana. Los invitados a la fiesta reciben su cebra en el hall de entrada. Los balcones iluminados con lámparas frutales y en el interior pequeños damascos navideños lanzan sombras de colores en las pistas blondas. Pero, ¡esos lagartos despeinados! ¡Que traigan a Giordano! Raja el piso la Schiffer con su tacón de cristal y su tacón de oro, las sirvientas la odiarán. Cada partícula de polvo ha sido dispuesta, como un mantel, en el aire, para que una luciérnaga hambrienta vaya a beberla en la noche y quede atrapada. Bocados de sierpes deliciosas no nacidas se hacen pasar por canapés de lux. Con cáscaras de huevo y flores prepararon champán. El cartucho parker ya no guarda tinta en su interior.

Un aliento inhóspito se acerca por la baranda, no se ha lavado los dientes y canta la ópera "Vuela abuela". Intoxicados, huyen los animalitos del bosque a las madrigueras más lejanas, donde sus propias abuelas les tienen desde hace años panecillos horneados con hidratos de carbono. Corren a buscar osos pandas y se pierden y tal vez llegan hasta América.

Reentra Luciano atrás de las modelos y le revientan los gemelos cuando para saludarlas estira el brazo con torpeza.

—¿Su cebra?— le pregunta Naomi disimulando. Yace muerta en el parque, respondió para sus adentros. Mudo de tristeza fue corriendo y la trajo en brazos. Antes la había abandonado donde la pobre se había desplomado, pero atraído por una conversación entre, aparentemente, veterinarios, la llevó a ellos acostándola suavemente en un sillón de bisón. Las modelitos fueron a abrazarla y con el calor de sus cuerpos vestidos por haute couture lograron revivirla. Le pusieron las alas de una obra de teatro que Lady Di había traído de palacio por las dudas y, como un insecto florido, salió volando rumbo a Africa.

nunca nunca
quisiera irme
a casa

VI

MariAfrica

Río de perros salvajes, una tuca na en celo aloja pájaros extraviados, la joya del Niño oculta en boca de un áspid. La languidez de la isla comienza a evocar todo. Plenas las campanas aéreas, se acerca el extraño minuto de la fluorescencia. Navidad o crepúsculo, un cono de luz bañada en oro por una espiral conífera. Será noche de azar. Las garzas abren un ojo. Viajan en los pámpanos destellos celestes de futuras tormentas. Al fin del agua salen los perros aún transformando textura, y desbocados como camellos sin desierto atropellan a un burrito. (No, no lo atropellaron, una nigromante lo convirtió en himenóptero a tiempo. Ahora mira a todos lados sorprendido.) Corto la realidad con un cuchillo, confundiré los cuatro vientos, el cielo es de estrellas rosadas. Ya si hubiera más mares tersos con sus sirenas ebrias hasta ahogarse, ser verdes estelas. Cada cuerpo un lazo entre la espuma, jadeando en esta eterna mañana, sin pensar.

VII

La noche de ultramundo, violeta africana, tan apacible como los ciervos antes del espanto o durante la contemplación. Hubiera sido fácil engañarlos, inventar para ellos una fruta paradisíaca y que la visitaran como un altar cada crepúsculo. Pero la fruta estaba ahí, todo estaba ahí desde la eternidad.



7 Fragmentos para una Violeta africana



G A T O S

Pasan las horas, no puedo imaginarme el mundo sin televisión. Si sin helado de pistacio, pero no sin helado de frutilla. Por suerte todas las heladerías tienen mucha cantidad, las de la calle Santa Fe, la de Pueyrredón, incluso todas las heladerías de las provincias a las que nunca voy, pero que es bueno saber que existen. Creo que mis problemas se acabaron porque no vivo en una casa con patio y árboles, vivo frente a una plaza superpoblada. Supongo que se acabaron también porque siempre podrá el tiempo - ese gran acompañante - conducirme a sentir el sexo de un hombre que me penetra en la cama de un hotel alojamiento bellamente decorado con flores y juncos, con guardas doradas en los espejos. A mi edad ya puedo decir que he visto la libertad, es un cuadro pequeño, casi una miniatura, en el que se ve a una nadadora con sombrero de goma poteando en una pileta. No se sabe si es una foto o una pintura. He estado creyendo que algo parecido a la libertad es ese sentimiento desde que lo tuve extasiada ante ese cuadro que colgaba sobre la cama de la habitación 207 de «le privé», un hotel preferido por elección, que queda a la vuelta de mi casa y en el que me dejan

pasar gratis porque ya me conocen. Desde entonces, todos los días lo recuerdo y sé que en ese lugar yo podría vivir, vivir sola como hasta ahora, todo gracias a ella, la nadadora que me mira desde lo alto. Tengo gatos. Los alimento con cosas que me salen caras y los dejo comer al mismo tiempo que yo. Todos mis gatos son bonitos. Realmente no sé la razón pero cualquiera que entra acá se extraña de que existan gatos tan bonitos, tienen cara de muñeca o de nena. Ayer fui al supermercado con dos de ellos, cada uno en un brazo, y toda la gente sonreía y parecía contenta de verlos, «mishi, mishi», «qué lindos mishis», me decían. «Su nombre no es mishi, ninguno de los dos se llama así, jamás se me habría ocurrido ponerle nombres tan genéricos, tan genéricos», les contestaba yo, pero ellos parecían no escucharme o no entenderme y seguían con su «mishi» «mishi». Compramos delicatessen, leberwurst y masas finas, después las

Cecilia Pavón

comimos escuchando la Radio nacional de Música Clásica y Cultura, mi programa favorito para las tardes. Los gatos bailaron para mí la danza de los gatos contentos. Así solemos pasar las tardes, a menos que yo logre hacer contacto de ojos con alguien en la Plaza. Es increíble, viviendo en un piso tan elevado aún hacer contacto de ojos y poder captar la intención del otro, es casi una proeza. (Creo que nací con vista de lince, cuando era chiquita mi mamá no dejaba de admirarse de las cosas que podía leer, recuerdo que íbamos en el auto los domingos y yo tranquilamente, leía por ejemplo, las letras escritas sobre un avión que cruzaba de repente el cielo de Paraná. Todos estaban seguros de que cuando creciera me transformaría en una estrella de cine o en una importante periodista capaz de obtener las noticias antes que los demás, pero las cosas cambiaron y los planes hicieron agua, las circunstancias dieron un giro de 180 grados y así terminé inmersa en mi vida actual de la cual no me quejaría ni una sola vez.) El contacto de ojos es con un rubio. Un rubiecito. Le sonría porque es inevitable que lo haga. Ya nos hemos visto antes, nos hemos cruzado en el Almacén o en la Disquería y él se ha quedado jugando con Nora (uno de mis gatos) hasta que yo he venido y le he dicho «jovencito, quién le dio permiso para tocar a ese animal que no le pertenece» y él no se ha asustado ni nada, sino que simplemente ha tomado su patineta y se ha ido muy campante dejando la marca de sus ruedas sobre el piso que brillaba de recién encerado. Desde ese día se ha puesto a mirar hacia mi ventana. No sé cómo habrá sacado el piso, la ventana, todo eso. Mientras me mira fijo tiene una cocacola en la mano que

bebe a través de una pajita transparente. El sol le aclara el pelo que parece encendido y a punto de arder. De ser una estatua su figura se pone en movimiento y camina en dirección a mí, sólo que 20 pisos más abajo. Me calzo mis tacones y mi minifalda de seda natural mi soutien de raso y mi camisa de encaje, me lleno los labios de rouge, sin mirarme al espejo, y salgo. A los pocos segundos de habernos encontrado ya estamos sumergidos en una charla maravillosa. Fluida. Me cuenta infinidad de cosas, cada una con detalles. Su amor por los perros, sus poderes telepáticos, descubrió el nro. de mi departamento a través de ondas cerebrales. Estuvo a punto de inmiscuirse en mis sueños pero después lo meditó y prefirió que nos encontráramos en este mundo, en este día. La tarde está empezando a caer, tiñe todo de un rojo sangre como el de las ciruelas maduras. Nos tomamos de la mano, siento la energía de su perfección. Imaginamos a la nadadora y nos dirigimos hacia donde ella se encuentra. Entramos al hotel, a la habitación 207. Lo primero que veo al abrir la puerta es a mis gatos. No sé cómo han hecho para llegar acá, a pesar de su gran inteligencia es casi un misterio que hayan abierto la puerta que cerré con dos vueltas de llave. Están todos acurrucados debajo de la cama, con sus caritas expresivas sonriéndome. Nos desvestimos. Cosas extrañas comienzan a tener lugar. Se aferra a su patineta como a una joya de mucho valor. Hace como si pensara algo muy complicado, mira para abajo. Corre hasta el otro rincón de la habitación y saca algo de la

patineta: un látigo. Lo hace rechinar contra el suelo, contra la pared contra los espejos, (el techo está tapizado de espejos) uno de ellos se rompe. Me aterrorizo «Siete años de mala suerte, siete años de mala suerte, siete años de mala suerte». Quiero abrir la puerta pero no puedo, está con llave, en el instante en que me doy vuelta para buscarla veo que se la traga. «Yo también te amo» me dice con una voz desgarrada, «con todas mis imperfecciones, pero te amo», cuando ha dicho imperfecciones se ha puesto a llorar desconsoladamente, y ya nadie puede calmarlo. Mis gatos han escapado por la ventana y se disponen a rescatarme, entre todos forman el número 207 en la consierjería esperando que el consierje pueda interpretar el mensaje. Este cree que ha alcanzado alguna especie de iluminación, y su corazón se llena de luz, de una luz real, y comprende el mensaje de los gatos. Corre hacia la habitación 207. Pero ya nos hemos reconciliado, ahora estamos besándonos. Hace unos pocos minutos que él tiró sus «objetos de perversión» por la ventana, sin abrirla, por eso los vidrios están todos frizados. Y a través de ellos el paisaje urbano adquiere un tinte irreal. El

consierje se indigna con los gatos por haberle dado mensajes falsos, con nosotros por haber quebrado su ventana. «Era un cristal antiguo, de más de dos siglos» se lamenta con una voz desgajada, y se agarra la cabeza. En verdad tiene razón, ahora recién caigo en la cuenta que la ventana consistía en una especie de vitral gótico que representaba imágenes fantásticas, deformes, esto es lo que le daba a la habitación esa atmósfera lírica tan especial. Culpa de este pequeño accidente somos echados a la calle y estamos desnudos, pero mis gatos han aumentado su inteligencia y han hallado la solución más elegante. Se nos suben encima contorsionándose para literalmente rodearnos y cubrimos, se disfrazan de tapado de piel viviente. Un grupo ecologista, que venía caminando por la Avenida de Mayo en una especie de marcha, con pancartas, nos sorprende y nos felicita por haber encontrado una forma más de no matar animales. «¡Un tapado de piel viviente!, ¡qué original!» dice el presidente de la organización. «Justo en este momento íbamos hacia un acto donde entregaríamos una medalla al proyecto más benefactor con el medio ambiente, pero ustedes lo han superado, así que les doy a ustedes el primer premio». Este consiste en una medalla de oro con la cara de un osito, mezcla teddy bear y oso panda. «Nos encanta» les contesto y nos vamos toda la familia, mi nuevo novio, mis gatos y yo a festejar a una parrillada. De nuestros rostros y de todos nuestros cuerpos se derrama felicidad, para colmo el exterior ayuda porque es el día más primaveral del año.

Correo de Lectores

Querida Cecilia,
me siento realmente muy mal por haberme ido a San Clemente del Tuyú y haber, así, olvidado absolutamente tu cumpleaños. Espero que, siendo una chica de ánimo fuerte, no hayas sufrido ni llorado, como lo hubiera hecho yo en tu lugar. No sé siquiera si tuviste algún festejo. En fin, ya los próximos años de nuestra amistad imaginaré cómo compensarlo. Nunca olvidaré, por ejemplo, el primer cumpleaños tuyo que pasamos juntas en Mendoza, comiendo riquísimos sandwiches con manteca y no mayonesa, ni los paseos musicales que dimos por el desierto.

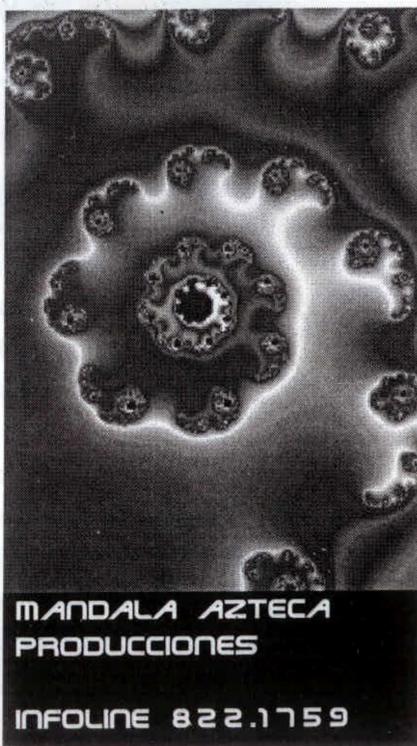
Gabriela

Gualeguaychú, 15 de enero de 1997

Querida Amelia:
hubiera querido escribir antes, pero el tiempo me resulta muy poco. Espero que estén todos perfectamente bien y que no me extrañen. Yo todavía siento que me estoy instalando, soy una tonta. Cuando recibas esta carta yo tal vez esté durmiendo; quien te la entrega es un amigo nuevo que me hice. Es tan joven y me ama tanto. Ha prometido casarse conmigo cuando cumpla diecinueve años. Intenté persuadirlo de la idea pero no pude. Temo que falta muy poco para la fecha. Este viernes deberé ir a casa de sus padres que viven en una oscura cueva en las afueras de esta pequeña ciudad. Ahora te habrá ya hablado de sí y estarás al tanto de cuáles son las otras novedades.

El próximo martes irá a buscar el vestido, como seguramente te habrá comentado. Es un buen muchacho, Amelia, no teman por mí. Sabrá cuidarme, es habilidoso. Su padre es un atleta y trota por las noches. Me ha contado Pablo que él no ha heredado la joroba que oculta Jacobo (mi futuro suegro) saliendo de noche. Amelia, he tenido que hacerle jurar a Pablo que no abrirá el sobre para poder contarte lo que me ha sucedido a la vuelta de la escuela una lluviosa tarde de la semana pasada. Jacobo, a quien yo desconocía, me ha violado bajo una higuera muerta y se ha llevado un mechón de mis cabellos. Quiere ser mi amante y me ha acompañado hasta el hostel donde vivo para saber adónde venir a visitarme. Me asusta un poco, pero creo que es un hombre sincero. Te ruego que no le cuentes nada a mamá ni a nuestras hermanas, sólo te lo confío para descargarme un poco. Por lo demás, las tareas en la escuela no empiezan hasta dentro de unas semanas y todavía tengo tiempo de conseguir una huerta llena de animales plumíferos para después llevar a los niños y enseñarles su cuidado. Besa a las gatitas de mi parte.

Tuya,
Carmen



MANDALA AZTECA
PRODUCCIONES
INFOLINE 822.1759

HALO?

Zarina

Marina Mariasch

Caen bombas molotov en mi propia Plaza Roja. Las zarinas juegan al elástico sin llegar a las rodillas.

Caen bombas

toda la plaza es roja las zarinas se sonrojan mi pequeña Odesa explota.

Y yo en medio de la fiesta disfrazada de princesa en Palacios de merengue hasta que empiece la guerra.

Los ancianos crían caballos en la nieve siberiana y todas las niñas aprenden la ciencia de usar vestidos: ellas saben algo que no pueden revelar.

Cuando se rompe el hechizo es porque cae una bomba.

La Casa se derrite un día cobertura de chocolate blanco.

Si me escondo en una muñeca, dentro de otra, y así, seré una matriushka y me uniré al circo que recorre el mundo. Pero una vez en la arena rodeada de trapecios

una bomba explota

y ya no soy ni payaso, ni amazona. Una antena pararrayos antes de la tormenta.

En los cuentos infantiles todas las niñas son huérfanas y solamente los fósforos pueden entibiar sus narices.

Nos maquillamos tanto tiempo para ver llegar los trenes.

Muy al punto...

PRESENTACIÓN DEL NÚMERO 1

CON:

lectura de augurios mediante caída de cubo de hielo en líquidos luminosos breve curso de corte y confección

canto coral tirolés

poetas monopatínantes

traé tus diapositivas

récords (campeonato

mundial de repetición de

nombre y apellido por

altoparlante) a cargo de la

liga de indiferentes por el

regreso de Domingos para

la Juventud-

danzas folklóricas

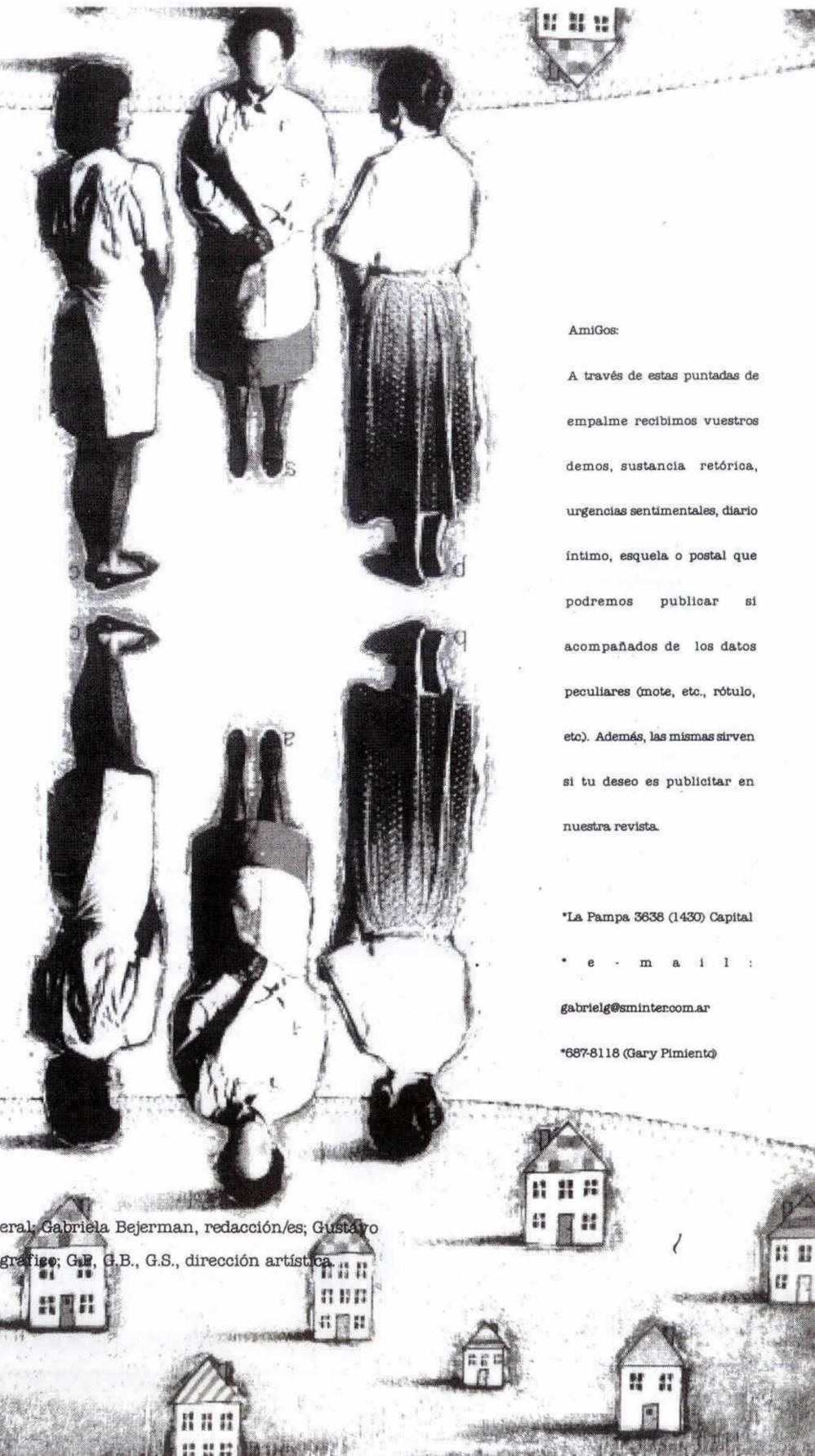
suelta de avispas y

chihuahuas de un mes

presentación en vivo a

cargo de MANUK de

Varsovia



AmiGos:

A través de estas puntadas de empalme recibimos vuestros demos, sustancia retórica, urgencias sentimentales, diario íntimo, esquila o postal que podremos publicar si acompañados de los datos peculiares (mote, etc., rótulo, etc). Además, las mismas sirven si tu deseo es publicitar en nuestra revista.

*La Pampa 3638 (1430) Capital

* e - m a i l :

gabrielg@smintecomar

*687-8118 (Gary Pimiento)

Personnel

Gary Pimiento, editor general; Gabriela Bejerman, redacción/es; Gustavo Saavedra Colman, diseño gráfico; G.R., G.B., G.S., dirección artística.

e
r
e
m
b
r
e
i
c
i
d
i
b
e
m
v
i
n
o
v
i
e
n
d
r
e

Ayer alguien relataba la historia de todo lo que había sufrido tan solo para seguir despierto un par de horas. Despierto para ver qué pasa. Adicto en paz con la fragancia de su mentira. Ni siquiera calla el regocijo del dolor con que se exhibe.

No son pocos los taxistas que siempre están dispuestos a que el tema sea la merca. Necesitan gas y gasolina los toxímanos. Como sus autos, que tienen sistema de alimentación suplementaria. Y en mi casa hasta el champú tiene nutrientes.

Y lo que siempre me había estado preguntando es si de verdad será posible hablar, tan solo, por escucharme. Del asco por la afectación, el vicio del autoengaño es una consecuencia discreta, que al final revienta.

viernes 29 de noviembre de 1996

Pero hay algo de violencia en estos datos, y es muy obvio. Las cosas no pasan en un día. Nada dura un solo día. Son estos números, su pretendida dureza, el correlato de lo que se le hace romper al sueño. Mejor dicho, es el sueño el que nos permite la ficción del almanaque. Porque su ficción, su espacio discontinuo, nos afianza en la comodidad de las causas. Nos regala el tiempo del suceso.

Y yo, que nunca recuerdo los sueños lue-



go del minuto en que me despierto, tanto más estoy en fecha cuanto que la noche me es más negra y más ajena. Por eso me confieso en el idioma de las fechas, pero declamándolo con resonancias fantasmáticas.

Copio algunas cosas que del cuaderno rojo rescato. Me rasco y me recuesto, como si no fuera yo quien pica. Perro infiel, no merezco lo que no robo. Sobras de rogar, amalgamadas, mal habidas.

Niño envuelto en el mercado de carne, pechito de cerdo. Circulo vicioso y remendado, por donde mandamás repone. Toma parte en el reparto y me la pasa como celebrando abortos. Me limito a pesar el corte.

Off side, me pasé de la raya. Caso omiso de los banderines. Limando las tangentes elimino, elimina. Chorros muertos, tré punteros fuera de juego en rigor. Desbande, no da con el instante, se cae se cae, repite.

domingo 1 de diciembre de 1996

Sin embargo, jugamos a terminar con aquello a lo que estamos atados y de lo que dependemos. Aquello que necesitamos. Yo corto con vos y ellas conmigo. Nos enviamos telegra-

mas cifrados como para ver dónde está el sentido de las ligazones y la única verdad está en el rock, dónde más. Jimmy se mató a los 27, de tanto darle a la vida. Sobredosis. ¿Cómo se atreven a preguntar si es que puede haber algo que me importe? ¿Acaso lo tienen todos tan claro? Dar, es dar. Pero darse, ¿qué es? ¿Qué es lo que me porta, lo que aportan? ¿Qué me traen con lo que importa?

Hoy un angelito me paseó por sus infiernos, me puso de patitas en el mfo. Todavía ese nombre. Y tuve que llamar a Santos, de acuerdo con la lección del maestro, porque solamente el deseo en retirada permite reconocer la herida en el cuerpo del otro. Tuve que salvarme del deseo enfermo. Yo me moría de calor al sol. De miedo y de vergüenza, temblé. Ciego de recorrer un cuerpo que se prestaba sin entrega, con la indiferencia del cumplido o la limosna, mientras yo trataba de arrancarle un último retazo que no fuera resto excrementicio. El robo es una dádiva que se obtiene sobre el final y al otro lado, tras el límite de la resistencia ya vencida. No alcancé ese límite, ni siquiera la desesperanza y tuve que representar. Escenificar, de la manera más histérica, la mentirosa patencia de mis propios límites, los protocolos del honor que reduplican la vergüenza del vencido.

M. O., lo aristocrático de su po-



der, el único nombre que todavía sabe cómo hacer de mí un mendigo. Saben cómo darme aquello que más quiero, pero de manera que siga queriéndolo. Es ése el juego para el que mejor fueron entrenados. El dominio de una economía que logra revestir a sus objetos de cierta trascendencia a medias, nunca del todo imposible pero siempre inalcanzable en algún punto.

lunes 2 de diciembre de 1996

Las fechas son también una barrera, franqueable, contra la recursividad de la escritura, contra la corrección corrosiva. Respetarla, es adherir demasiado, una adhesión nostálgica, al efecto de trascendencia que la escritura ejerce, con o sin fechas, en tanto comunicación escrita. Mi justificación, obvia e innecesaria, es que lo que hago con las fechas, constituye un intento por rescatar para el futuro, mi participación en los efectos trascendentales de la propia escritura. Reapropiación de aquello que me pertenece por entero. Un intento por detener, amarrar, congelar, como cuando se escribe para otro, lo que la escritura para sí pone en movimiento. Fantasma de la firma en el es-

pacio alucinado de mi perseverante narcisismo.

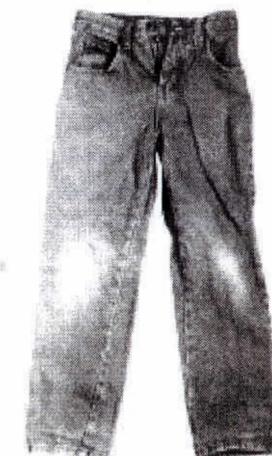
miércoles 4 de diciembre de 1996

Podría decirse que estoy hecho una máquina. En el barrio, los pibes nacen sabiendo cómo hacer política. El cuerpo, sus hipóstasis, sus poses y con ellas la esencia misma del poder político, el prestigio. Yo soy un judío sofisticado, vanalmente excéntrico, condenado a errar. Sólo los incautos y los cándidos podrían reprocharme algo de lo que yo realmente tuviera la culpa. Por lo demás, cualquiera se da cuenta de lo que pasa. Para mí, todavía es martes tres.

Comencé el día hablando por teléfono, negociando afectos y efectos. Concertando citas y pidiendo disculpas. Escribo esto mientras dos nenas duermen vestidas, en mi cama. Y mi mamá que me decía, porque no dormís a la misma hora que todo el mundo, porqué no hacés una vida normal.

jueves 6 de diciembre de 1996

Soy un vago, pero no pierdo tiempo en mi vagar, calculo.



(continuación involuntaria de una novelita titulada «La medicina de la heladera Berlín»)
Personajes: dos perros caniches pintados del color de sus nombres: Celeste (maricón hasta conocer a) Rosa, que no tuvo demasiadas aventuras -por ahora-. Celeste había sido secuestrado temporalmente en una falsa demostración de afecto por la veterana. Su hijo, Eduardito Ortiz, aparece por primera vez en Disco Volante. Carlos Elliff, vestido de amazona; Celia, que pertenece a una saga de imaginarias chicas alojadas en una casa alquilada del barrio chino (Barrancas) y Kyoung, coreana de carácter difícil, quien en la novelita salva a Celeste de manos de la veterana e igualmente queda con la sangre en el ojo. Wataru, pintor y drag queen japonés.

Los dos perritos caniches no se callan la boca ni que se los mire fijamente en la nariz. Siguen pidiendo café y las chicas con la boca abierta los miran y el mozo las mira con la boca abierta porque se olvidan de tomar té de jazmín. Cada mesita de esta confitería de la ciudad de los niños de Bruselas tiene una corona de jacintos para no redundar el té. Celia está tan enojada con Kyoung porque no le dejó pedirle al mozo que trajera jazmines. Celiaflor iba a decir algunas palabras mágicas, las estaba pensando mientras empezaba a hablar cuando Missorienté la interrumpió con tanta decisión -siempre era así excepto en bares y en albergues transitorios (a pesar de que todavía no había ido a ninguno, esa misma noche debutaría en «Discotelo»)-, que ella quedó mirando los manteles en silencio. Ahora los caniches hablan del alineado a la izquierda y de lo

bien que les queda haber cambiado el rosa y el celeste por el amarillo patito unisex. Patito Unisex es un club de salidas nocturnas que funciona internacionalmente y el nombre de su fundador.
-Al menos su nombre artístico-dijo Rosa con su insufrible risita de Penélope Glamour.
-Cada vez lo quiero con más crema- ladró Celeste al mozo que traía de lejos su bandejita miniatura, las tacitas, los frascos de dulce de leche con vainillas horneadas estrujadas mezcladitas. Marcha atrás con los roller vuelve el mozo, toca unos botones que suenan a flautín de afilador y rebalsa las tazas con perfume de cremas y crema.
Mientras esperaban la nueva ronda que anunciaba un prado de niños en la pantalla gigante de LCD, Celeste pensaba en la veterana de la que lo habían salvado hacía ya un año a su pesar y Rosa no pensaba nada. Era solita su propia avidez. Las chicas destapaban botellas de agua francesa a los gritos. Después de pelearse por las magdalenas y por la posición de marcel p. en la literatura salieron tras los caniches, los únicos que podían alcanzar primero la decisión de partir -o cualquier otra-; cada una trataba de autoconvencerse de que había triunfado sobre la otra en los temas de conversación. Era esa hora de la tarde en que entre los amigos todo se vuelve cuestión de vida o muerte, pero no había efectos. Qué tranquilidad llegar a las veredas.
Instáneamente se hizo de noche. (Desenvuelvan la persiana de estrellas.) De una limusín bajaron dos personajes conocidos: la veterana y Patito del brazo. Edu, Edu, chillaba ella que apenas olió a su

caniche celeste quiso avalanzarse sobre él. Patito estaba enojadísimo y trataba de cogerle la peluca de Chanel como castigo por develar su verdadera identidad ¡a esas chicas! que de una consideraba potenciales fans. La vieja, quien era en realidad la madre de "el Edu", activó las glándulas succionadoras que se le habían quedado en los cachetes durante uno de sus liftings, la boca se convirtió en una aspiradora de auto y chupó, chupó y en un periquete logró autoatascarse a Celeste junto con Rosa que venía adosada a la cosa del caniche mordiéndola fervientemente porque no quería perderse lo que le parecía podría ser sin duda la noche de aventuras, figurita difícil de su recientemente inaugurado anecdotario. Saltaron a la limu; justo cuando iba a arrancar Kyoung enlazó a Celia con sus fuertes brazos y de un salto cayeron en el asiento delantero a través del techo corredizo. (Desde este momento los caniches se consideran secuestrados.) Cenaron en lo de los Unisex. Era el auténtico apellido, explicaba Parfumia, sólo se había cambiado el nombre, su hijo. En realidad toda la vida lo habían llamado así sus amiguitos porque tenía un gran pico de pato que usaba como visera porque era albino. Su mami trajo el álbum familiar y se pasaron cuatro noches hasta terminarlo. Parecían haber tenido vidas de vampiros de incesto. Si la vieja no se decidía a decir que Patito era su marido, ellas ni siquiera lo dudarían. Mientras Parfumia les contaba algunos escándalos de su juventud que la habían vuelto popular, Edu iba a la cocina y volvía al rato, más gordo y menos avergonzado. Venía

corriendo y leía en voz alta un poema; su madre ora se exasperaba ora oraba de orgullo por la perfecta creación de sus entrañas.
-¡Mi entraña!- gritaba y tras una breve plegaria fingida se ponía a bailar arriba del piano de cola hasta tirarse de cabeza al hogar de mármol. Cada vez que ella empezaba alguna danza sobre la cola del piano los mayordomos enloquecían por apagar el fuego y evitar que la patrona se carbonizara. Pero era eso lo que ella deseaba. Quería darle incendio a su vida. Un perfecto incendio doméstico, simple, que la riqueza que su propia familia había amasado casi exclusivamente para ella impedía. En realidad no intentaba suicidios en sus otras propiedades. Tal vez porque sólo confiaba en sus mayordomos diarios, aunque infieles incoherentes. Cenaron en el balcón-terracea manjar de chuletas al vino. Era la noche de año nuevo y a punto de indigestarlos estuvo un exacerbado solaz de dos horas de fuegos artificiales estupendos. Pero llegaron invictos a la sobremesa en la que truenos terribles de una inminente tempestad a bordo mismo del barco-restaurante en que habían ido a brindar a las doce, interrumpían la conversación en sus partes de mayor interés. Tras el regreso a las instalaciones de la familia Unisex y cuando se hubo dormido la anfitriona, Celia y Kyoung salieron. Patito los llevó a la sede superbailable semicercana de la autopista 590. Viajaron en helicóptero y descendieron sobre los bailarines más despistados. Los otros aplaudieron el aterrizaje con fiebre de sábado por la noche. El sombrero de la ocasión era un par de copas de sidra clericó ensartadas sobre la cabeza como antenas. Los serviles amamantaban con sus poncheritas a los superhéroes. Kyoung estaba contenta porque se imaginaba su propia posición en el juego, pero Celia ya no creía que hubiera diferencia entre las cosas estúpidas y las cosas de la vida y desapareció urgida por sus amigas, quienes en Buenos Aires jugaban al verdadero juego de la copa, tanto, que lograron atraerla a través del atlántico piélagos charcal.
-¡Por la magia poética de Lumen Virgo!- bramaban desde la alberca. Era tal la felicidad de estar regresando al verano que se creía deshilar. En el tubo de tiempo que llevó a Celiaflor de Bruselas al barrio chino una experiencia de Alicia en el país de la maravilla la hizo continuar. No fue un tobogán, dijo Celia, y calló. Había enmudecido para siempre. Después sería una libre princesa, la inteligencia de las flores.
-Si Carlos no fuera medieval podríamos llamarlo por teléfono.
-Sólo está con su caballo.
-¿Sólo cabalga?
-¿Se lo cabalga?
Guarangada de la risa y en el globito de la imaginación grupal apareció Wataru, que regalaba risoteos con salsa "asia". Pero enseguida invadió el cielo el propio Carlos, vestido de amazona, con lanzas y flechas. Elevó a las amigas y como lacayo que era de la familia de Edu "Patito" Unisex, las llevó a la mansión central. Enojadísima, Kyoung las esperaba envasando en una bolsa de Papá Noel a la vieja Unisex.
-Parfumia está en mi poder- dijo a los recién llegados como una reina loca. Los ojos le saltaban cual dos aceitunas chuecas, el pelo parecía peluca de mono usada y la indumentaria le había quedado íntegramente neolítica. La vieja, conmocionada, empezó a hablar en lenguas extrañas (inesperadas para Parfumia misma) y a lanzar patadas voladoras japonesas contra la el calcetín, como queriendo

partir al medio las costumbres navideñas; de un zambombazo. -Es culpable de haber robado a nuestras mascotas -se entusiasma de pronto Kyoung pero arrugueti con disimulo porque nuevamente había olvidado las palabras siguientes (y no se trataba de un ensayo más)-. Ella dice ser masoquista, dice estar disfrutando éste, su castigo tan merecido. ¡Perol! -dijo en voz altísima, biliosa de aires y placer, alzando un brazo a lo he-man- una vez, cuando nos conocimos, ella había quedado atrapada en el tren fantasma de un tremendo parque de diversiones montado en el año 96 en el barrio Mataderos Park y yo, -y repitió gritándole a la bolsa ya inerte de cansancio "yo"- la salvé de las arañas auténticas, vivientes, que por error habían escapado del jardín botánico y viajado hasta allí, atraídas por la música que era, queridas, la verdadera música de tren fantasma, el octavo tema de Disco Volante. La vieja, en el momento en que yo la salvaba gozó de diez orgasmos corridos, los últimos de su vida según una visión en la ambulancia que en seguida la transportaba a un hospital de la zona. Y fue en esa misma ambulancia donde me confesó que esa diablesca cantinela volvía a las personas sadomasoquistas. (Aquí hizo una pausa y respiró.) Ahora intentaré comprobar una teoría que desde entonces, hace seis años, albergo, esperando la ocasión apropiada para utilizarla. Mi teoría es que esa misma canción la desmasoquizará y así finalmente podrá obtener su merecido -gozando de antemano el placer de infligir, mostró su puño nacarado y por un momento calló, esperando el efecto impactante que su



acariciada hipótesis provocaría en aquellas chicas del barrio chino (que abominaba). Pero viendo que ellas no se inmutaban un pelo a pesar de notarse que la venían escuchando atentamente, prosiguió -como si no hubiera intentado detenerse- con el programa. Mientras se accionaba la moderna tecnología de los Unisex, instalada en realidad exclusivamente a pedido de Patito, Kyoung anudó con su fuerza de amazona el calcetín navideño que cargaba a Parfumia de una hercúlea tachuela, rechazando la ayuda de Carlos que ahora se mostraba servil hacia Kyoung, quizá esperando el momento de atacar, tal vez sólo evitando la decisión de actuar en contra de la maligna fuerza bruta que la coreana enloquecida desplegaba.

A medida que giraba el Disco Volante, Kyoung le daba flor de paliza a la vieja que frenéticamente gemía de placer. Pero pronto el poder de la canción surtió su verdadero efecto: en contra de las expectativas de Kyoung ella misma se volvió súbitamente víctima del sadomasoquismo. Las chicas no necesitaban taparse los oídos, pues cualquier espacio les estaba cedido por el poder mágico de su amiga Lumen Virgo que circulaba como un insecto de alas encandilado disfrutando con ahínco inmediato cuanto ligeramente se abría a su percepción. Desesperada por esta fiebre virgen tan adictiva como irritante soltó a Parfumia y, entregándole la mitad de sus enseres de suplicio, mutuamente comenzaron una interminable golpiza cuyo primer cuarto de hora las chicas observaron como un ring de boxeo.

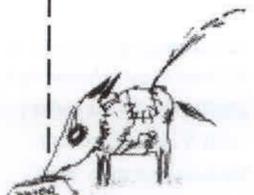
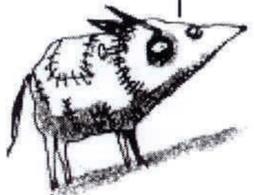
Aburridas fueron a buscar más entretenimiento en la mansión. Encontraron a Carlos y Patito conversando en una situación embarazosa. Al principio no distinguieron bien lo que ocurría porque casi nadie se había puesto a encender las lámparas del ático, pero cuando la vista se fue acostumbrando pudieron notar perfectamente que era Patito quien, simulando delinearle los ojos con cosméticos de neón, al punto le ofrecía una noche de lujuria a Carlos, quien se hacía rogar mediante gestos infantiles con, evidentemente, la sola intención de dilatar el momento desencadenante para mayor goce de los dos. Las chicas lanzaron breves coplas de la risa porque Carlos entonaba melopeas de amazona con una voz de falsete que hasta entonces le desconocían y que, a pesar de que parecía estimular sexualmente a Patito Unisex, no lograba sobre ellas más efecto que el de una comedia al vermouth. Enojadísimo, Carlos sin querer demostró qué tanto su virilidad era monda opción accionable a toda hora: estiró con toda su fuerza medieval el escudo y las lanzas creando una mezcla de balsa y alfombra mágica en las que ubicó a todos los presentes. Salieron por el ventanuco estrellando los vidrios de colores y descendieron hasta el parque donde aún se enfrentaban como gatas locas Parfumia y Kyoung. De un manotazo las sentaron también en la nave voladora.

El cielo sobre la ciudad abría su lata de gaseosa turquesa, refrescando los ojitos de las luces y las piletas descubiertas. Podían verse letreros que decían "no aviente". Carlos, para disimular su participación en las escenas recientes, señalaba los carteles para regocijo del resto de los viajeros. Se dirigían a un gigantesco albergue transitorio. Sobre la terraza descendieron y en la nave abandonaron a Parfumia, a quien obligaron a permanecer allí, sola y encadenada, con el aparente consentimiento de su hartado hijo quien no opuso ninguna resistencia a la decisión de Carlos, obviamente a esta altura el jefe de la pandilla. (En este momento de

las alternancias de poder, Kyoung rinde a Carlos su puesto de vigía amazona por simple tedio o sopor.) Mientras tanto, los dos caniches, que habían sido encerrados en el cuarto de juegos, aullaban porque morían por tomar más café y, en especial, fumar cigarrillos. Eso compartían Rosa y Celeste, eran fumadores empedernidos. Pero de pronto: música brasilera, tambores a color, un festival en vivo descendía sobre la mansión. En los monitores de la casa se encendían con intermitencia letras que decían «ensayo general». A las nueve de la noche, hora sorpresiva para evento semejante, los perritos empezaron a bailar. Rosa había propuesto que cerraran los ojos y apagarán las luces. Así podrían imaginarse en una pista sobre la playa, rodeados de más dupletes Noé como ellos. En silencio, a Celeste se le personificaban algunas de sus parejas gay que se le acercaban vestidas de traje, venían con pompas de champagne. Un movimiento brusco casi los despabila del ensueño tan feliz. La nave de los mariscos tocaba la terraza puer to y un sacudón instantáneo rajó dos copas de fieltro bordó hecho de cristal. Pilas de merengues rebotantes cayeron de pequeñas compuertas que se abrían a un lado y a otro. Un dúo de estrellas mundiales del tap fue liberada, saltó la cama que se guarda contra la pared. Casi aplastan a los perritos pero, hábiles, lograron esquivar el taconeado peligroso.

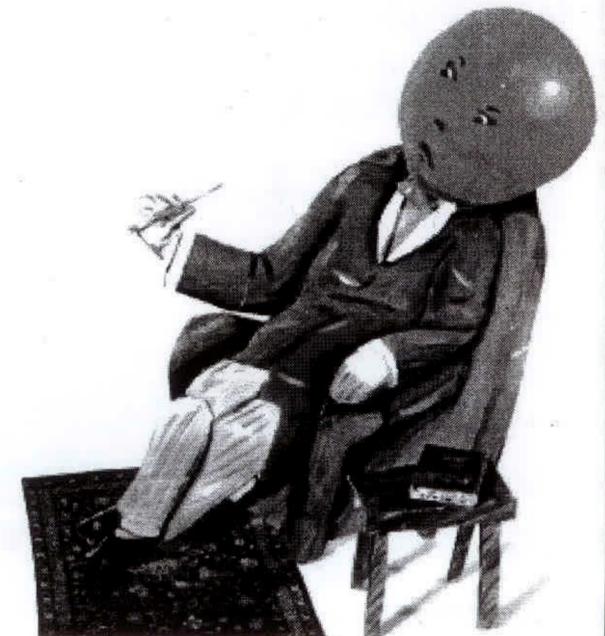
Discotelo

Le dio fiebre, la acostaron, le pusieron paños de naranja sobre



la piel. Pero era otra cosa. Habían apagado las luces y cerrado las persianas de bambú en la 306; sola, Kyoung dormía dando vueltas entre las sábanas transparentes. El resto empezaba a merodear la seducción viendo el circuito cerrado de tevé y bebiendo champagne con frutilla. A la 306, de dos pisos, baldosas acrílicas que se iluminan con lenta alternancia, casi una cuna de mosquitos titilantes y silenciosos, entra Carlos con su traje de amazona negra, le cuelga de los hombros una capa de lazos de cuero con ligeras tachas plateadas que vuelan en un viento imaginario. Su paso es cadencioso, rítmicamente alado. Los dedos quieren bailotear de alegría por el pecadillo tan original que van a cometer pero están firmes, atentos a otra danza, una danza de fuego que ha comenzado al quebrar la química rojolumínica del dintel. Seguido por motociclistas-holograma, machos y hembras, bien calzados a su cabalgadura dinámica, va a arrodillarse ante el dosel de seda y plata. Perfekt turkis, susurra él ya cerca de su oído (se inventa palabras mágicas propias). Las otras pistas desaparecen o la 306 ha viajado, está en Oriente. Lágrimas últimas de aguas vivas que fueron llevadas al desierto giran congeladas en frascos de almibar barnizado. Los refrescos absortos en la ventana se convierten en viento de la noche. El velo pronto será rasgado, como ríos de magenta. Trae en la boca el oro de los jazmines con que la besará. Ella está dormida, sueña las caricias que son ciertas. Por el sueño invade el dosel un haz de transparencias musicales.

-Soy Carlross



d e s p a c i o

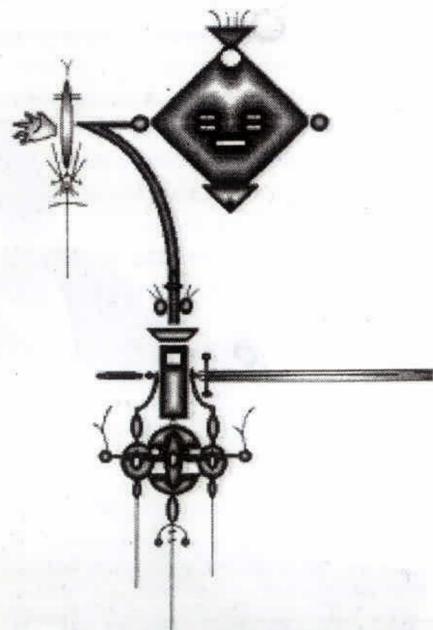
de

p u b l i c i d a d

(dos puntos)

B A I R E S

F L A N G E R



TEXTO E ILUSTRACIÓN
Luis Lindner

1000 días para el 2000 y Buenos Aires cubierta por la nieve, un hidroavión en el Arroyo Maldonado congelado, encallado, retrasa el acceso de nuestro Torino al Museo de la Síntesis Musical, coqueta semielipse de vidrio y concreto que engalana la zona comprendida por las calles Córdoba, Darwin y Juan B. Justo.

Nuestro chauffeur no demuestra excesiva preocupación por la demora pero Bortolini agita la cabeza sin cesar y busca su nebulizador debajo del asiento. -¡Ya falta poquito! -le espeto, más para que deje de moverse que por tener yo convicción alguna bien fundamentada sobre hecho del pasado o el futuro.

En eso, grúas del Ministerio de Propaganda hacen su rutilante aparición; la calle se puebla de jorobaditos oscuros con herramientas enormes escapados de un cuadro de Quinquela que con movimientos rápidos y decididos de indubitable rai-gambre mazorquera trozando el hidroavión cual res despejan el camino que al corazón de la Fiesta conduce.

Poco tiempo ya para detenerse en la Arquitectura del Museo, está claro que falta, falta todavía: mucha ventana tapiada, mucha inexplicable saliente, mucha escalera que a ninguna

parte va. Ya subimos la doble escalera, ya corremos por angostos pasillos dramáticamente iluminados, apenas, por gigantografías de efigies egregias, esfinges que harán su Pregunta vaya a saber cuándo y ahí te quiero ver: "Los dioses no nos hablarán hasta que tengamos un rostro".

A no perderse el discurso inaugural que se referirá (¡cuándo no!) al estado actual de la neuronáutica audio-asistida. Hace uso de la palabra Gaetán Carracedo.

Lo que dice suena casi todo a solución de compromiso, pero unas chicas muy bien vestidas (a Borto se le van los ojitos) reparten volantes impresos en papel Kraft que, a no dudar, expresan ideas más incómodas que de todas maneras Carracedo no puede callar.

El papel que me toca a mí dice "Tango", y dice:

"DOS MOMENTOS

- 1) cuestión de psicología animal, resentimiento como materia bruta. Expresa la forma en que las fuerzas reactivas se sustraen a la acción de las fuerzas activas. (invasión de la conciencia por la memoria de las huellas)
- 2) manera en que el resentimiento toma forma, la memoria de las huellas se convierte en un carácter típico porque encarna el espíritu de venganza y conduce una empresa de perpetua acusación."

A lo que yo agregaría: ¡Que no se entere mamá! Doblo el papel para que me entre en el bolsillo; al rato (brindis de por medio) anoto un teléfono al dorso. Dejo el papel arriba de la mesa de mi casa cuando vuelvo, con el lado impreso mirando hacia arriba. El Sol de la Pampa entra a mi cuarto, y borra todo.



SCREAMING MIMI'S



MILES DE FUERZAS INQUIETANTES... TROPELES SIN DIRECCION Y SIN TIEMPO...

HERCULES ES HERCULES QUE LLEGA!



京

Sobre el zigzag de la nimbada línea libando el corazón de la expansión
para el brote de nudos herbales en la brisa reminiscente
y al tibio caracolear de las hojas de elementales dicciones en collares enrollados
estoy por sentarme o callar en la no interrupción del templar del viento.

Una vez dado el arco del lugar se da la melodía en el rodeo de las concéntricas
y al atañer del hallazgo
lo deshojan demás descosidos de movimientos revertentes
reintroducen el reinicio del tándem por los alrededores en las revueltas del hábito
porque no hay llamados sino arborescencias del llenado y novelas-río en el sulfilar
para esclarecernos en las cadenas simpáticas de los mutuos seguimientos
de las erizadas modulaciones de la transmisión y los lazos.

Camina el pie-péndulo y alberga un ritmo aguijoneando por cuerdas de la tierra que boca abajo
/lo cuelgan

pies arriba y cuerpo-torre-invertida para la aleta de ingravidez en las helicoides del iris
don de aromas menos la fragancia y en la venida menos su nexo
dan del colgado péndulo un caminando de cabeza oscilante
báscula sin freno de un fugado de encantamiento inverso
hacia el colgante del trono sobre trampolín corona del salto
su línea loca ahorca para expirar por la garganta el cuarzo del secreto
una y otra vez el mineral secreteo en la inexistencia del acto
y rebrota el destilado deseo disolvente de estrellamiento hacia atrás
por encima detrás del trono-trampa que lo cuelga de su astro-meridiano
sobre el arce en la arqueada hoja que rozan sus aros o el arado de la estrella
de la próxima reiniciada jugada en la noche translúcida de variaciones
detenida o erizada de pronto, sobrelúdica jugada en la irisación del segundo telino
adivinación suspendida en el molino del follaje sobre el punto de retorno de la tirada
aligerado sobre el cuerpo y entreelevado en el oriente del aire.

京京

Sobre sí inscribir la plancha de bronce sobredorada por la noche
sobre sí la pátina de friso como hoja inflamada de nimbado marfil blanco
y sobre el flambée de ese cuerpo inscripto por el silabeo dar la cuenta
la regresiva sobre tapados nuestros de piel de sidéreas
sobre el esfumado celolán de luna grisácea en la anticipatoria niebla
y discurrir en el trazo de agudas espirales sobre los vientres vegetales
lo que recuerda la elipse del rubor violeta sobre las placetas que envolvían tu rostro
y la gigantomaquia en la esfinge de la nariz absorbiendo de lejos por sus fosas
atrapado en la respiración de dama del convite de la nocturna

porque el roce de la inercia de la imagen ya es la cópula
los deleites de una sidérea tras otra
y el estar quieta
no adormecida
no arder mucho
pero mecida en el rumor del ciempiés deslizándose en el vapor de la venida
masticando lo deletéreo en los bordes aserrados de lo-fugaz en sus hojas
con tus resuellos de humedad atravesada de ajenas hogueras
de la quema de las propias hojas
para el reenvío a la soledad frente al puntilloso insecto que vigila la escritura
pisando con leve pisada exánima la cursiva negra que lo adelanta a la crisálida
lo adentra en ópticos trapecios de encapsulados días metamorfoxicos
y aún no es aplastado
camina como planta y no alcanza el vegetal murmullo requerido
pero acecha
lo enrosca a sus curvaturas porque algo anima al animal desde la llegada
desde tu crecimiento vegetal bajo el insecto que me camina.

京京京

Tilo en el eros de la heredad balsámica
más inflorescente que el soplo leve y apenas respira en la levitante
lunares-levadura en las sierras de la carne del verde en sus borraduras
magisterio matriz
de levantisca danza
sub-levada a ras de agua en el brinco de anulares gatos
erótilo hidroaroma inflado en el pneuma espumante
el bote de insectos sobre la enramada te espera asperjada
a ver si brinco
a no ver la espuma que te leva ni el fanal del insecto
navegando la orla en su viaje iluminado por la hoja
nítido lrescor de arracimado surfer en la voluta inmóvil de la espiral
que hace hablar a la otra cinta matamosquitos de madrugada tictaqueante
aromada la casa y envuelta en la silente narcosis de las abuelas del sueño
y renovada en la otra espera de ahora, sin la hora-abuela
con el hueso blanco de la noche encendido bajo las sábanas
solitario extendido en el hilo hipnótico de su eros sin casa
escanciador del suero nocturno y arena del aroma sargazo
ya entreveo el comienzo del viaje del brote en su perla
en las sargazos de la arena sabe que barrena
si se toma una hoja de tilo y su grillo
desciende una placenta vitrea del árbol
joven en la espera se deja hacer en la revuelta de su cascada.